

## PRESENTACIÓN

Poco se sabe de la cultura huaorani, excepto de las muertes con lanzas que, cada cierto tiempo, se dan en la Amazonía ecuatoriana. Estas muertes cruentas son tema de múltiples voces que analizan y opinan sus causas. Expertos, inexpertos, posturas oficiales y extraoficiales se conjugan para formar discursos polifónicos de todos los tonos, desde aquellos que condenan las muertes, aquellos que las explican, aquellos que se indignan frente a la inoperancia del Estado ecuatoriano e, incluso, aquellos que ven en la situación una forma de promover sus objetivos corporativos. El interés generado por las muertes en la cultura huaorani no es poco para la sociedad nacional ecuatoriana, sin embargo, lejos de encontrar una respuesta que impida que las muertes continúen, todo hace pensar que no hemos presenciado todas las masacres.

El presente número de la revista Cuadernos de Antropología trata el tema de los denominados pueblos indígenas aislados, desde diferentes perspectivas de análisis: la continuidad cultural de estos pueblos, el rol de la antropología ecuatoriana y los retos metodológicos y teóricos para estudiar las dinámicas culturales de estos grupos.

Sobre el primer tema, la continuidad cultural de los pueblos indígenas aislados, el problema no se reduce a un simple reconocimiento de relativismo cultural, se trata de crear políticas públicas que promuevan de forma efectiva su existencia. En estos esfuerzos el tema del territorio resulta crucial. Así lo muestra Ivette Vallejo en su artículo en el que compara la institucionalización de políticas de protección de pueblos indígenas aislados en Brasil y Ecuador. Vallejo hace un recorrido histórico de cómo se han construido estas políticas en estos dos países y concluye que hacen falta medidas de protección territoriales más estrictas y efectivas.

Dentro de la misma temática Robert Wasserstrom apunta algunas de las tareas pendientes de los Estados nacionales que forman parte de un sistema energético y económico mundial, en el que el petróleo y las cuentas nacionales son prioridades al momento de diseñar una política pública. En el mismo sentido, menciona el reto del Estado de satisfacer las demandas ciudadanas, sobre todo en sociedades multiculturales como el Ecuador y el Perú. Wasserstrom señala, además, que la responsabilidad de los Estados sobre el bienestar de estos pueblos vulnerables es más determinante si se trata de regular las actividades extractivas que se desarrollan dentro de sus territorios.

Sobre el rol de la antropología ecuatoriana, Teodoro Bustamante hace un balance sobre la discusión de los pueblos aislados. Para ello se plantea tres escenarios. El primero de ellos es el trabajo antropológico, el segundo es la conexión de estos trabajos con la sociedad nacional ecuatoriana y el tercero tiene que ver con el interés internacional. Bustamante concluye que no se ha podido profundizar en el tema por el reto metodológico y teórico que ello implica. Pero, además, propone que si se quiere garantizar la permanencia de estos pueblos es indispensable un cambio de ética sobre la diversidad cultural.

Sobre las dinámicas culturales de los pueblos aislados, uno de los conceptos que conviene aclarar, antes de la presentación de los artículos, es el de aislamiento. No se puede entender la existencia de culturas aisladas. Existen grupos sociales que por diferentes procesos históricos han tenido que vivir en una constante movilidad u ocultándose, pensemos en el caso de los judíos, el caso de los desplazados de la guerra en Colombia o el caso de los refugiados sirios. Pueblos que han vivido verdaderas situaciones de agonía y que han tenido que irse a lugares donde normalmente no irían o que deben regresar a sitios de gran importancia para ellos. La pregunta que, desde el trabajo antropológico, queda planteada es ¿Cómo hacer una antropología de lo oculto con resultados concretos que beneficien a esas poblaciones?

En sus respectivos artículos, Fernando Paniagua, Katy Álvarez, Patricio Trujillo y Roberto Narváez tratan de aportar a esta discusión. Para determinar el tiempo y el espacio donde estos grupos pudieron haberse asentado, Paniagua propone establecer conexiones con el territorio y otros grupos huaorani a través del uso de fuentes etnohistóricas. Álvarez, por su parte, plantea que el territorio es una construcción social que genera pertenencia a través de la práctica y la memoria, de esta manera, se pueden identificar aquellos territorios que fueron ocupados por las familias ocultas, así como sus dinámicas culturales particulares. Trujillo apunta la relación de estas familias con el resto de las familias huaorani como parte de una dinámica particular del mundo huaorani. Finalmente, Narváez analiza el intercambio entre los grupos ocultos y algunos de los miembros del pueblo huaorani, puntualizando las limitaciones del Estado nacional para comprender este tipo de situaciones.

Junto a estos artículos se presenta una sección de testimonios que reúne el punto de vista de investigadores y actores que han estudiado el mundo huaorani o que han vivido de cerca la muerte de los pueblos indígenas ocultos. Para ello, Teodoro Bustamante realizó tres entrevistas a importantes investigadores sobre el tema: Marcelo Naranjo, Laura Rival y Anne Christine Taylor. Los tres tienen una postura crítica frente a la sociedad ecuatoriana, pero también al trabajo de la antropología. Ellos cuestionan la ética de la sociedad nacional ecuatoriana, pero también el alcance de la antropología como profesión. Dentro de esta misma sección se presenta el trabajo, a manera de crónica, de Milagros Aguirre sobre la última de las masacres, ocurrida en abril de 2013.

Adicionalmente, la revista contiene dos artículos que no están directamente relacionados con el tema central. El primero de ellos, de Tamara Bray y José Echeverría, se refiere al sitio arqueológico de Caranqui, en la provincia de Imbabura en la sierra septentrional del Ecuador. Los autores discuten las relaciones sociales precolombinas y proponen como hipótesis de los asentamientos el control de recursos naturales como el agua. El segundo artículo, escrito por Jorge Gómez Rendón, discute la composición de la onomástica indígena del austro lojano con lenguas extintas como la puruhá y cañari, así como también con variedades de la familia chicham habladas en la zona oriental de los Andes.

Dentro de la escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador hemos creído importante hacer un llamado para que los antropólogos y las antropólogas, que han trabajado con el pueblo huaorani, se junten en una publicación que presente reflexiones y análisis sobre las familias que se ocultan y que han sido llamadas pueblos indígenas aislados. Creemos que parte de la responsabilidad de los científicos frente a la sociedad es la producción de reflexiones que aporten a la comprensión y a la solución de los problemas tangibles de la diversidad cultural. Al mismo tiempo somos conscientes que el llamarnos “expertos” nos posiciona fuera de la cultura huaorani, más aún de aquellas familias ocultas que en este mismo instante viven en un mundo cada vez más incierto, que hacen su vida cotidiana en un bosque tropical que se reduce día a día y que en sus sueños se entremezclan imágenes y sonidos que no podemos entender. A pesar de ello, estamos convencidos que este es nuestro tema, nuestro reto y que a él le debemos dedicar nuestros esfuerzos.